

## Paz y Reconciliación en RD del Congo

En este pulmón del mundo que es la periferia africana, los claretianos formamos una comunidad deseosa de anunciar la paz. El Congo democrático, el Congo que soñamos, es un país-continente, una tierra pródiga de bienes y un pueblo al que urge recuperar la paz que le arrancan de las manos. Como misioneros aquí presentes renovamos nuestro sueño y nuestro compromiso de anunciar la paz.

Nuestro anuncio se arraiga en Jesús, quien siendo artífice de la paz, la da sin imponer doctrinas ni violentar culturas; haciéndose más bien, prójimo de los últimos. Por eso encendemos la Palabra bajo el árbol invocando a los ancestros. Y vamos al hospital para compartir como hermanos un mismo plato. A veces nuestras manos, solidarias de un pueblo mayoritariamente campesino, comparten con él una misma siembra y vuelven cargadas de un sueño hecho de maíz, de mandioca, de maní. Y sentimos que eso también es anuncio de paz.

Otras veces, cuando ya bien entrada está la noche, suele llamar a nuestra puerta una voz angustiada. Una mujer nos cuenta que llegó la policía, irrumpió violentamente en la casa y sin decir por qué se llevó a dos de sus hijos. Anunciar la paz en medio de un campesinado sencillo es denunciar las detenciones arbitrarias y promover la defensa de los propios derechos. Por eso, acompañamos a las víctimas de la extorsión policial y militar para que sean liberadas y organizamos formaciones sobre los derechos humanos y las libertades fundamentales.

Este anuncio de paz porta también un sueño de reconciliación. No faltan ocasiones en que familias vecinas hacen de un problema doméstico un asunto público. Si el caso llega a la comisaría, lo más probable es que allí pierdan lo poco que tienen: algunos animales o parte de la cosecha. Por eso las comisiones de justicia y paz de nuestras comunidades toman muy en serio esa propuesta evangélica de arreglar los conflictos en la comunidad para no ir al tribunal. Pero esta propuesta de reconciliación vislumbra también un horizonte más amplio.

Cuando el papa Francisco nos visitó (en los primeros días del mes de febrero de 2023), lo hizo bajo el siguiente lema: “todos reconciliados en cristo”. Una frase simple pero capaz de saciar la sed profunda de estos pueblos. De hecho, las violencias en la región de los grandes lagos tienen larga data y el trazado colonial de las fronteras, unida a la extracción y el saqueo sistemático de minerales no han hecho más que acrecentarlas. Las masacres se repiten cada semana, junto a la violación de mujeres como arma de guerra y otras atrocidades semejantes.

El desafío de anunciar la paz en ese contexto es inmenso, pero queremos que nuestra solidaridad misionera nos ponga cada vez más en un estado de salida y que nuestra misericordia se haga eficaz como la del buen samaritano. Nuestras comunidades todavía están lejos de los campos de refugiados y de las aldeas devastadas. Pero hemos comenzado a participar en las manifestaciones pidiendo la paz y el respeto de la integridad territorial en nuestra patria. Es un primer paso apenas, en el camino hacia una proximidad cada vez más concreta con nuestros hermanos que más sufren.

Ciertamente, este anuncio no se improvisa, requiere estar preparados, como lo estuvieron nuestros hermanos en Barbastro. Por eso, hoy como ayer nuestra misión sigue siendo formar un corazón sin miedo. En el fondo, éste pueblo nos enseña el verdadero sentido de la no violencia y el modo en que Dios quiere colmarnos de consuelos. Así que hermana y hermano

que nos escuchas, necesitamos que sientas que este también es tu pueblo; que en el Congo también tienes tu familia y que la paz no puede estar fragmentada, pues sólo una es duradera: la que buscamos entre todos.